

Boyas que flotan a la deriva

SUSANA MOCTEZUMA

UAM-X

Dentro de las cuestiones importantes relacionadas con los estudiantes de la UAM está, por supuesto, la manifiesta insuficiencia con que los alumnos se expresan por escrito en su lengua materna; acerca de este tema me permitirá aportar mi propia perspectiva, basándome en la experiencia acumulada en aproximadamente quince grupos, a los que he impartido el taller de lógica y redacción desde 1987.

Pienso que estarán de acuerdo conmigo en que se trata de un asunto que debe inquietar. Una vez practicadas ocho evaluaciones, en promedio, a cada uno de doscientos veinticinco estudiantes de esta unidad, repartidos en diez grupos, a lo largo de cinco años (de 1987 a 1990 y en 1992), resulta que el 50%, o sea la mitad de los alumnos no obtiene el porcentaje mínimo aprobatorio (a saber, nueve puntos de quince); que un 30%, es decir, una tercera parte del muestreo, tan sólo logra un puntaje equivalente a "suficiente"; que poco menos de la sexta parte del es-

tudiantado considerado —hablo de 16.44%—, obtiene como nota una "B", y que apenas 3.5% del universo consigue expresarse sin dificultades como para asignarles "MB".

Dado que las cifras fuera de contexto falsean en ocasiones la realidad, añadiré algunos detalles que darán una idea más precisa de la magnitud del problema.

Aun cuando la primera evaluación, que consiste en colocar la puntuación conveniente a tres párrafos impresos, se realiza a libro abierto —con el fin de poner a prueba la capacidad de los estudiantes de aplicar una información y no de memorizar—, las dos terceras partes de los que realizan el ejercicio no alcanzan el 60% de aciertos.

Ahora bien, si los obstáculos a franquear se redujesen a desaciertos de puntuación o a errores de ortografía que de tan patéticos harían palidecer a un dragón chino (alcohlicos, devido, visio, capaces, guelga, confiansa, alludara, husando, engallosos, unibersida), estaríamos tranquilos, pero las dificultades, como de seguro ya intuyeron con el ejemplo anterior, se sitúan a diversos niveles.

En efecto, cuando al desarrollar el tema "características de una buena redacción", se aborda "precisión de un escrito", se encuentra uno con que los estudiantes recurren constantemente a los mismos vocablos, a pesar de que el significado que se busca sea diferente en cada caso, o dicen desconocer la palabra adecuada, lo que pone de manifiesto lo reducido de su vocabulario.

Más adelante, al dejar atrás los elementos aislados del lenguaje e iniciar los ejercicios para detectar cuál es la idea principal o matriz de un párrafo, se da uno cuenta que los tropiezos no son pocos, que los jóvenes no siempre alcanzan a discriminar entre información esencial y secundaria o accesoria; esto quiere decir que su lectura también es defectuosa, ya que la eficiencia de dicho proceso depende, entre otras cosas, de que se haga tal distinción.

Pero quizá lo más preocupante sea constatar que los escollos se multiplican cuando se requiere emplear a fondo operaciones del entendimiento; me refiero a indicar en qué tipo de falacia se incurre en un determinado



enunciado, a sintetizar o dar secuencia lógica a las ideas,¹ porque ya no estamos hablando de una mera envoltura como la omisión de acentos o cosas por el estilo, sino de una falla estructural, como son el pensar sin eficacia o los problemas para razonar. Al llegar a este punto, los estudiantes dan la impresión de ser boyas que flotan a la deriva.

Esto, que a aquellos que se precipitan podría sonar trivial, no lo es, ya que manifiesta una deficiencia que subsiste tras doce años de escolarización, si se toma en cuenta la educación elemental y media recibida con anterioridad. Aun cuando no faltará quien impute el pobre manejo que de su idioma tienen las actuales generaciones a los inconvenientes programas educativos, vigentes de 1975 a junio de 1992, estamos claros de que no es el único motivo.

Para ser honestos, habría que analizar con una visión menos reduccionista y miope los problemas, habría que dejar de simular que son siempre factores externos los únicos que intervienen.

Así, por principio de cuentas, se tendría que reconocer que la pertenencia a una determinada clase social va más allá de un perceptible ritmo al hablar, o de la inclinación a utilizar unas palabras en lugar de otras. Generalmente, a medida que los ingresos aumentan, el acceso a la información y a materiales escritos (libros, enciclopedias, periódicos, revistas) puede ser mayor y de mejor calidad; a su vez, las vivencias culturales se diversifican: música, teatro, pintura, viajes, que escapan al cine, radio y televisión populares.

Además, es innegable la influencia del núcleo familiar, la cual no se circunscribe al nivel educativo de sus integrantes y a los materiales escritos

que circulan en casa: se piensa que interviene igualmente el hecho de que los padres cultiven o no la lectura, así como el contenido de las pláticas familiares, esto es, si se restringen al ámbito cotidiano o abarcan temas más trascendentes y variados. Sobre todo hay que considerar el mayor o menor estímulo que dicho núcleo brinda a sus integrantes para que comuniquen o expresen sus ideas y para que desarrollen su creatividad, sin olvidar, como es natural, el interés que han puesto los progenitores en la buena marcha de los estudios de sus hijos y si se han mantenido vigilantes a que la expresión de estos últimos sea clara y precisa.

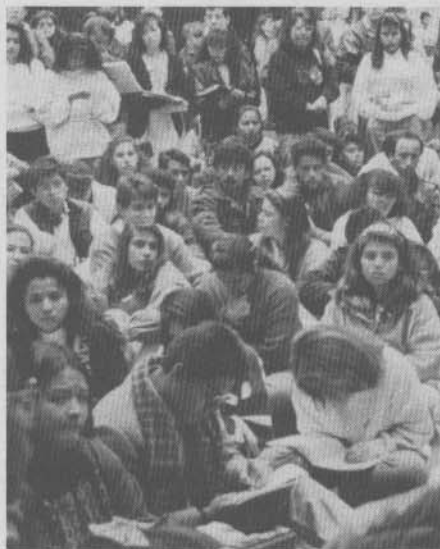
Sin embargo, una vez superadas las primeras etapas de la vida, en cuanto puede intervenir franca o veladamente en las decisiones que le competen, el protagonista principal es el alumno.

No hay que perder de vista que la capacidad intelectual para generar ideas y transformarlas en palabras, ya no digamos bellas o elocuentes, sino al menos comprensibles, abarca una escala que a nivel del plantel Xochimilco iría de muy buena a poca. Esta capacidad corre paralela con la capacidad para discurrir lógicamente, pues, como afirma Martín Alonso en su *Ciencia del lenguaje y arte del estilo*, "redactar bien es, ante todo, pensar bien".²

Admito que un juicio de tal naturaleza puede hacer sonreír a algunos por el hecho de que la población estudiantil ingresa a la UAM luego de alcanzar los máximos puntajes en un examen de selección aplicado a miles de aspirantes. Pero lo que quizás escape a los "risueños" es que el coeficiente intelectual no es el único componente y que existen otros factores que influyen en el de-



Baldemar Villalón y Velasco



Bolmaro Villarreal Velasco

sempaño académico de nuestros alumnos.

Piénsese en la actitud de menosprecio de los estudiantes con respecto a su formación, menosprecio que convierte su paso por la universidad en una mera simulación, donde lo único que importa es la obtención de un título con el cual solicitar empleo. Si esta devaluación del saber se debe a que vivencias anteriores les han mostrado que aun los que no saben nada aprueban; a que la realidad hace patente que es más rentable tener buenas relaciones que dominar una especialidad; a que han dejado de creer en el "mito del éxito social gracias a la escolaridad", o a que los valores se están reestructurando, lo cierto es que al no existir interés por conocer, no hay aprendizaje. Y no hablo de que los estudiantes vuelvan a la remota China y caigan de admiración al paso del "mandarín", ni de que luzcan permanentemente ojeras de fatiga como "mapaches", que denuncien largas noches de insomnio, sino de seres conscientes de que la formación es una inver-

sión en sí mismos, al margen de crisis bursátiles que, a corto, mediano o largo plazo, habrá de rendirles jugosos dividendos.

Un nudo que obstaculiza en lo inmediato la formación es, claro está, la carencia de hábitos de estudio, entendiendo por hábito la "costumbre o disposición adquirida por actos repetidos",³ lo que implica una acción sistemática y sostenida y no el acto desesperado del que está ante un paredón. Los alumnos no adquirieron tales hábitos, entre otras cosas, porque en las escuelas primarias se piensa que es casi criminal que un pequeño no se dedique más que a jugar, como si jugando no pudiera aprender. Al ingresar a la escuela secundaria resulta más fácil copiar, hacer un "acordeón", confiar en lo que se ha podido retener durante los cursos o, *in extremis*, desvelarse la víspera del examen, que dedicar un tiempo diario a repasar las notas, tratar de encontrar respuesta a las dudas o lagunas que el maestro no pudo cubrir. Eso sólo lo hacen los "matados" (entiéndase "bicho perteneciente a una especie en vías de extinción, que no despierta las simpatías del grupo"), a sabiendas de que, en el peor de los casos, siempre habrá un periodo de recuperación. Ahora que si por azares del destino es posible ascender un peldaño más del sistema educativo, entonces siempre queda el recurso de optar por los maestros "barquillos", trabajar en equipo con la negra intención de dejar a uno o dos de los integrantes la faena, aunque todos recogerán la cosecha, o, de plano, sacrificarse y convertirse en el "chavo (a)" de algún elemento del grupo, que sea el (la) que haga los trabajos.

Se abundó en la formación y los hábitos de estudio, dando con esto un

largo rodeo, por una parte, porque para los estudiantes los apoyos en general vienen a ser algo así como distractores, sin importar que se trate de algo tan necesario como el lenguaje —el que a todas luces no manejan bien—, y por la otra, porque a pesar de que no ignoran las fallas de que adolece su expresión escrita —varias de las cuales afloran en los diversos trabajos que se les corrigen—, se niegan sistemáticamente a solucionar por su cuenta los problemas específicos que les permitirían subsanar los errores. Infinidad de veces me he preguntado por qué los estudiantes no hacen nada por mejorar una situación que les afecta, será una especie de flagelación intelectual, ya que en algunas ocasiones el remedio estaría en sus manos; bastaría con que le dedicaran unos minutos al día. Sin embargo, no están dispuestos a utilizar una sola de sus neuronas en esta empresa, por ejemplo, en leer, porque la lectura, además de proporcionar la información que después habrá de combinarse conforme a un estilo personal y ampliar el vocabulario, permite que el lector capte la manera en



Bolmaro Villarreal Velasco



que se pueden organizar los elementos del lenguaje para formar enunciados, cláusulas, párrafos o unidades más complejas bien estructurados. Lamentablemente, nuestros estudiantes han desarrollado una rara "alergia" a dicho proceso psicolingüístico que no sólo limita sus posibilidades de expresión, sino que, a decir de Figueroa Díaz y otra constelación de docentes, entorpece su quehacer intelectual.

Si bien por circunstancias genético-ambientales hay sujetos comunicativos a los que les gusta manifestar sus pensamientos, aun cuando los expongan a no ser compartidos por sus oyentes, y hay otros herméticos que prefieren guardar para sí sus ideas, dudas y opiniones, tal diferencia queda neutralizada en la práctica cuando se enfrentan no a un público, sino únicamente a un papel, que en el mejor de los casos habrá de ser leído por una sola persona, llámese destinatario o profesor. Bajo estas condiciones, la diferencia la hace no la personalidad o el carácter, sino el conocimiento que se tenga del tema, pues en efecto, no es posible escribir cuando se desconoce lo relacionado con el tema en cuestión.

Que la situación es delicada resulta evidente hasta para los que no imparten redacción, sin necesidad de llevar a cabo ningún análisis, pero aún no se despeja la incógnita principal: ¿por qué a los estudiantes no les importa expresarse caóticamente, tanto que terminan por no darse a entender? Si porque ya han podido cursar doce años de escolaridad sin que a nadie parezca afectarle esa incapacidad, piensan que podrán llegar a jubilarse sin que ésta interfiera en su trabajo, les diré que es una lástima que estén en ese error. Deberían considerar, por decir lo menos, que:



Roberto Villarreal Velasco

- Si se acepta que el lenguaje se relaciona con el pensamiento, es muy probable que el no saber redactar no sólo vaya en detrimento del potencial comunicativo de un sujeto, sino también, de ciertas destrezas intelectuales que no alcanzan a desarrollarse convenientemente.

- Las incorrecciones al redactar pueden ser objeto de penalización por parte de algunos docentes, lo que trae como consecuencia que la calificación disminuye, a pesar del esfuerzo y tiempos invertidos.

- La imagen que proyecta el que se expresa con dificultad no le favorece en lo absoluto, por aquello de "muéstrame cómo escribes y te diré cómo piensas".

- Ya como profesionista, el individuo verá estrellarse los proyectos que someta a aprobación, por brillantes que sean las propuestas, y, en consecuencia, verá cerrarse las

posibilidades de hacer realidad sus ideas.

- Y aun cuando pueda sortear tal impedimento asociándose con otro compañero que tenga más facilidad para expresarse, se condena a depender perpetuamente de alguien que le ponga palabras a su pensamiento.

Si se ha querido plantear la dimensión del problema, ya que tal es la intención que anima este escrito, es porque se desea evitar que ocurra lo que ya es una deformación en el ámbito educativo, es decir, que al momento de buscar una salida, se desliga al problema inexorablemente de su estructura social y humana, y se le reduce a lo didáctico. Una y otra vez, como en un círculo dantesco, las propuestas parecen insinuar que basta con que el maestro modifique la forma de impartir el curso, o con que se modifiquen los programas (añadir, suprimir o cambiar unos contenidos



por otros), para que la situación se remedie, cuando lo cierto es que eso no pasa de ser una de las variables. El docente, por más que se obstinen algunos en pretenderlo, no es ni omnipotente, ni Hércules: puede hacer ajustes y puede entregarse de lleno a su trabajo, pero no aprender por los educandos. Su papel viene a ser como el del médico: estudiar los síntomas, hacer un diagnóstico y prescribir un tratamiento; el resto depende del paciente. En cuanto a los programas, olvidamos, por una especie de amnesia recursiva, que el alumno "aprende a partir de lo que su experiencia le permite aprender, y no sólo a partir de un orden preestablecido".⁴

¿Qué hacer entonces? Para empezar, ser realistas acerca de lo que

pueden hacer tanto los maestros como los estudiantes. En el caso concreto del taller de lógica y redacción, se entiende que los estudiantes no salvarán todas las dificultades que arrastran en lo que toca a leer, redactar y pensar bien en veinte sesiones de tres horas -que por retrasos y recesos se reducen a cuarenta horas-, pero se les darán pautas, es decir, una estrategia de abordaje; ellos deberán hacer el resto por el tiempo que sea necesario, hasta que consigan superar sus carencias. En segundo lugar, no sólo no hay que dejar fuera del juego a los educandos como siempre se hace, sino reconocer que, como adultos que son, deben fijarse un rumbo y luchar contra viento y marea por mantenerlo, para no perderse en el océano de la mediocridad. ▲

¹ "hoy día sabemos que (. . .) adquiriendo las nociones numéricas elementales el niño construye su pensamiento lógico", Ferreiro, E. y A. Teberosky, *Los sistemas de escritura en el desarrollo del niño*, México, D.F., 1980, Siglo XXI Editores, 2ª ed., pp. 30, 31.

² Citado por Metz, M. L., *Redacción y estilo*, México, D.F. 1986, Trillas, p. 17.

³ *Pequeño Larousse en color*, Madrid, 1990, p. 458.

⁴ Díaz Barriga, Angel, *Didáctica y currículum*, México, D.F., 1984, Nuevomar, 1ª ed., p. 89.